

Clausura del curso 2015-2016 (30 de mayo de 2016)

Estimados profesores y alumnos, alumnos del último curso, amigos todos que nos acompañáis.

Volvemos a celebrar la graduación de los alumnos que finalizan sus estudios, seis alumnos que ahora en junio acabarán su carrera. Junto a ello este acto académico sirve de clausura del curso. Esta vez nos hemos adelantado unos días. La celebración estaba programada para el viernes 3, último día de clase, pero la ordenación episcopal de D. Luis Argüello, antiguo alumno de este Centro, como obispo auxiliar de la Diócesis, ha motivado que hayamos adelantado unos días este acto de graduación.

Seguro que a los seis que acabáis la carrera os embarga un sentimiento de satisfacción. Por fin, pensareis, termino mis estudios y ahora ya podré consagrar mi vida a trabajar en lo que es mi vocación. Termináis una etapa de la vida, la de la formación académica estricta, de cualificación, que, quizá, cuando la empezasteis de una manera más consciente, allá en vuestros años de estudios de secundaria, la veríais, no me cabe duda, muy lejana. Si miráis al pasado ahora me atrevo a pensar que a todos os parecerá que el tiempo ha pasado deprisa, muy deprisa, Ocho, diez, doce años de formación secundaria, bachillerato, filosofía, teología y resulta que ya hemos acabado. Esto nos sucede a todos, incluso a los profesores cuando empezamos el curso. “Oh, todo un curso por delante”, qué largo se hace, sin embargo se llega a las últimas clases, mira uno hacia atrás, y que corto ha pasado el tiempo. El tiempo fluye siempre uniforme y constante, decía Newton, y bueno, porque lo decía él y así lo considera la física clásica, lo dejaremos estar, pero la verdad es que nuestra percepción humana del tiempo es bien diferente. Qué lejos nos parece el futuro de un objetivo a lograr y que cercano se nos hace el pasado cuando llegamos a una meta.

Bien, el caso es que ya habéis alcanzado vuestro objetivo de llegar a un título universitario con el que finalizáis vuestra necesaria preparación. El objetivo está cumplido, quizá alguno prosiga otros estudios, pero ya será una etapa nueva. La etapa de la formación inicial acabó. Os llenará ahora cierta satisfacción, sin duda, por el deber cumplido, por el objetivo logrado, es lógico que sea así, como también, seguro, tendréis un sentimiento de agradecimiento hacia quienes os han guiado en este camino hasta finalizar esta etapa de vuestra vida. Os felicito pues. Ya habéis llegado.

¿Y ahora qué? Pues otros objetivos, otras metas. La antropología cristiana, como habéis estudiado en antropología filosófica y antropología teológica, insiste en que el ser humano es cualitativamente diferente a cualquier otro ser vivo. Un punto clave de ello es que el ser humano es persona moral, sujeto libre capaz de elegir entre el bien y el mal, los animales no son capaces de ello. Esto marca una diferencia cualitativa esencial por más que algunos grupos en la actualidad se empeñen en lo contrario tergiversando incluso el lenguaje. No es sólo el humanismo cristiano, todo el humanismo clásico distingue entre lo animal y lo humano, y hay términos, jurídicos, por ejemplo, que son exclusivos de la relación entre humanos. No quiero insistir en esto, en lo que me quiero fijar es que hay más diferencias, una de ellas estriba en el propio vivir como tal. Un animal tiene el instinto de conservar su vida, su vida consiste en conservar su vida. El ser humano también tiene ese instinto de supervivencia, nadie lo duda, pero él se da cuenta, es consciente, de que vivir no es sólo perseverar en el vivir, sino más, mucho más. Vivir supone hacerte dueño de tu vivir, y no porque esté en tus manos el conservar tu vivir, eso está en manos de Dios, sino porque vivir en sentido pleno humano conlleva el esfuerzo por hacer de tu vida una vida plena, con sentido. Algo que sólo lo puedes dar tú. El vivir para un ser humano

consciente no es simplemente algo biológico sino que supone un vivir con objetivos, con sentido, un entender la vida como un proceso de creación, de construcción personal. No es un dejar que la vida te lleve, sino edificar una vida. La vida no sólo se mantiene, para el ser humano, vivir es construir el vivir. De ahí la necesidad de ilusiones, de objetivos, de proyectos como algo necesario en la vida humana. La vida no es sólo algo recibido a conservar, a mantener, es, sobre todo, algo recibido gratuitamente como punto de partida para crear. Vivir es un punto de partida que hay que llenar de plenitud y de sentido. Vivir en humano encierra siempre el anhelo de la plenitud en el mismo vivir, de llenar de sentido tu vivir, algo que conlleva la inquietud en todo momento por buscar el porqué de tu vivir.

No me quiero alargar en este aspecto capital del humanismo cristiano, además, tan marcado históricamente por la antropología agustiniana. Sólo insistiros en que finalizáis una etapa y comenzáis otra nueva. Seguid creciendo y edificando una vida plena, trazaros metas y proyectos, objetivos, que llenen el día a día, que os hagan crecer como personas y como hijos de Dios. Lo propio humano es buscar plenitud a la vida. Conservad siempre ilusiones en la vida, no os dejéis caer en el adocenamiento o en la rutina. Mantened proyectos y objetivos, no dejéis que la vida os arrastre. Trazaros objetivos que os llenen de ilusión. Como cristianos, muy posiblemente también en algunos casos, como pastores, transmitid también a los demás siempre esta ilusión. Esforzaros por animar a los que os escuchen y se encuentren con vosotros a que llenen de plenitud su vida, esa plenitud de vida que sólo el Evangelio puede dar. Sed testigos de ella con vuestro propio vivir.

Quiero aprovechar también este momento de clausura de curso, en primer lugar, para recordar a un profesor que nos dejó, D. Senén Vidal, fallecido hace pocos meses y que impartió la docencia en el centro hasta hace un par de cursos. A lo largo de muchos años intentó no sólo transmitir sus muchos conocimientos sobre el Nuevo Testamento a sus alumnos, sino, sobre todo, que resulta indispensable un profundo sentimiento de cercanía a la Sagrada Escritura. Al margen de ella es difícil, imposible resulta, vivir en plenitud como cristiano y pastor. Descanse en paz.

También quiero recordar ahora a dos profesores que al finalizar este curso se jubilan. En primer lugar a D. Aurelio Castilla, psiquiatra de reconocido prestigio profesional en Valladolid, que, durante años, en diferentes etapas, asumió la docencia de las asignaturas de antropología científica y de psicología de la religión. Asignaturas que impartió con dedicación, a pesar del esfuerzo que siempre le supuso tener que hacer un hueco en su múltiple actividad profesional, y las impartió no sólo con el objetivo de transmitir unos conocimientos desde su cualificación y amplia experiencia profesional, sino, sobre todo, desde el espíritu de aportar su granito de arena como laico comprometido en el servicio a la Iglesia, en la formación de quienes un día, en muchos casos, tendrán la responsabilidad de ser pastores o puestos de responsabilidad en la misma. Siempre con esa ilusión de poner al servicio de la Iglesia su profundo saber y experiencia clínica. Muchas gracias por su dedicación.

El segundo profesor que se jubila es D. Santiago Díez Barroso, presbítero de esta Diócesis que asumió desde los años ochenta la docencia de asignaturas tan complejas en el mundo de la filosofía como son la teoría del conocimiento y la filosofía del lenguaje. Y digo complejas, no sólo porque en sí lo sean, que lo son y mucho, sino porque, además, introducir en el ámbito de la filosofía, a quien se enfrenta con ella de nuevas, con el fin de crear un marco intelectual que permita, con posterioridad, entender teología, resulta muy complejo ya de por sí. Él ha sabido hacerlo con dedicación e ilusión y transmitir esos conocimientos adquiridos a lo largo de su primera formación en la Universidad de Lovaina y de esa permanente formación continua en las materias gracias a ese constante esfuerzo

puesto en la lectura de nuevas publicaciones y en la investigación. Le agradezco sinceramente su dedicación y esfuerzo. Máxime si tenemos en cuenta sus responsabilidades pastorales como sacerdote de esta Diócesis de Valladolid. Compaginar la actividad pastoral con la docencia e investigación sólo es factible a base de horas de trabajo. Muchas gracias Santiago por tu presencia en esta casa a lo largo de tantos años.

Y muchas gracias a los dos, Aurelio y Santiago, no sólo por vuestra actividad docente, sino por vuestra amistad y cercanía al Centro y a esta casa.

Bien, quiero terminar ya, volviendo a vosotros que finalizáis estudios.

Quiero pues felicitaros a los seis que termináis. Desearos lo mejor. Espero que conservéis un buen recuerdo de vuestro paso por estas aulas y que vuestras expectativas se hagan realidad. Ojalá que, además de unos conocimientos, estos años hayan servido para llenaros de ilusiones y objetivos. Confío que entre ellos, esté siempre también incluido, el cultivar el saber y no sólo por el saber en sí, sino, sobre todo, con el deseo de poder así hacer crecer más como personas, en una vida plena, a todos aquellos con quienes os encontréis.

Quiero felicitar también y agradecer a todos los profesores por el trabajo realizado a lo largo del curso. Como siempre digo, los resultados académicos puede que sean evaluables a corto plazo con una nota. Los resultados formativos lo son siempre a largo plazo. El trabajo formativo conjunto de todos hace que futuras generaciones puedan seguir transmitiendo la ilusión por construir una vida que esté llena de plenitud, la plenitud que sólo el Evangelio de Cristo puede dar.

Muchas gracias a todos.